

PRESENTACIÓN DEL II VOLUMEN DE 70 AÑOS DE CRÓNICAS

JUAN CARLOS ESCOTET

2016

Cada vez que cualquiera de nosotros se detiene a leer con detenimiento algún medio de comunicación de cualquier país, muy pronto en su recorrido se encontrará con el debate, como centro o como un elemento clave del trasfondo del análisis, del significado que tiene en nuestro tiempo el ejercicio del periodismo. Una de las características más resaltantes de la sociedad mediática, es justamente la de estar, de forma casi obsesiva, preguntándose por la legitimidad de sus instrumentos.

Ahora mismo están en controversia diaria los límites entre noticia y espectáculo; hay un constante preguntar por el derecho de las prácticas informativas a penetrar en el ámbito de la vida privada; se discute sobre el modo en que ese periodismo masivo, improvisado, imperfecto pero tremendamente útil que proviene de las redes sociales, está impactando el ejercicio del periodismo que tiene un origen profesional; hace muy poco, alguien decía en la televisión española, que hay una tendencia constatable e irreversible, según la cual los articulistas de opinión más influyentes del mundo, no provenían del periodismo, sino que eran economistas, científicos, juristas, líderes empresariales, científicos sociales y escritores. La aspiración de cierto periodismo de aproximarse a la literatura, ha levantado ciertas alarmas, que dicen que el periodismo no debería, de forma consciente, hacer uso de la invención, sino atenerse, sin excepción ninguna, a la más estricta configuración de los hechos.

En medio de toda esta complejidad, hay una realidad del periodismo que se mantiene invicta: la del ejercicio neto, profesional, dedicado y persistente del reporterismo. El reportero, la figura primera y básica del periodismo, sigue siendo su motor, su ente medular, a tal punto, que posiblemente se deba al reportero inscrito en la tradición clásica de la profesión, a quien se deba que los medios de comunicación sigan siendo medios informativos y no solo canales del espectáculo.

Cuando se piensa en los cambios que están ocurriendo, se percata uno como lector de noticias, que hay una sustancia en la práctica de ir a los lugares donde hay noticias, ver y escuchar por sí mismo, preguntar y escribir sobre el resultado de esa experiencia, que es irremplazable. Los hechos tienen una presencia, una

materialidad, una configuración escénica, que no puede ser impostada, ni reemplazada. Justo de ese bien irremplazable que es el reporterismo, trata el libro que presentamos esta noche.

Lo que más sorprende de esta segunda entrega de 70 Años de crónicas, es lo distinta que es, si se le compara con el primer volumen, que publicamos con el mismo nombre, el pasado 2015. Estas notables diferencias entre uno y otro, en tanto que libros pertenecientes a misma serie, son un estimulante punto referencia o de contraste para reflexionar sobre las anchas y diversas posibilidades del periodismo como ejercicio profesional.

En el primer volumen la selección atendió, en lo primordial, a criterios de calidad y diversidad temática: los 48 textos que lo componen, hablan de una amplia paleta de realidades. En ellos destaca el cuidado de la escritura, la plasticidad de sus contenidos, la relación que cada autor estableció con el tema de su respectiva crónica. Es una antología que habla de la considerable riqueza cultural y estilística que ha logrado el periodismo venezolano, durante siete décadas.

Esta segunda entrega de 70 Años de Crónicas, como ya lo señalé, responde a criterios que son, desde la primera página, llamativamente propios. La autora de la selección, ella misma una veterana, excelente y reconocida reportera, Elvia Gómez, ha escogido una ruta temática y un recorrido que va desde 1946 al 2015.

En una primera visión, puede decirse que los textos despliegan una travesía por la historia política de la segunda mitad del siglo XX y lo que va de este comienzo del siglo XXI. Pero esto podría ser una generalización, porque el tema específico de su curaduría son los procesos electorales, registrados desde múltiples perspectivas: la participación masiva de los ciudadanos en cada votación; las concentraciones o mítines, que han sido un signo de la mayoría de las contiendas; la aproximación al desempeño cotidiano de los candidatos, asunto siempre magnético para el interés de los reporteros y de los lectores.

La otra diferencia, quizás más sustancial, es que esta selección tiene el sello propio de ese reporterismo del que les hablaba antes. En cierto modo, el libro constituye un homenaje al reportero nato, ese que sale en búsqueda de los protagonistas de la noticia; que asiste a los eventos ciudadanos donde la política se vuelve una realidad; que sigue, sin intermediaciones, los hechos para luego narrarlos con precisión y atractivo, a todos nosotros, ciudadanos ansiosos por conocer los hechos, narrados del modo más claro y fiable posible. Se trata de una selección de textos, si se me permite la expresión, cargada de personas y de la

geografía nacional, donde se hace evidente el anclaje profundo que lo electoral tiene en la cultura política venezolana.

La revisión atenta de estas páginas resulta reveladora: muestran que en nuestro país han estado presentes valores de convivencia, respeto por el que piensa de modo diferente, comprensión de que Venezuela es y debe ser el interés superior de toda confrontación política.

La escena, narrada en una de las crónicas, donde tres candidatos presidenciales se encuentran en la sede de la Organización Nacional de Donantes de Sangre en plena campaña, para hacer su respectiva donación, es una de las páginas iluminadas de este libro, por la simbología que ese acto contiene: que hay causas públicas que están y deberían estar por encima, fuera del alcance de las parcialidades políticas.

Y es ésta la cuestión a la que quiero llegar: al recordatorio de que hay proyectos y causas en la vida de las sociedades, que no deberían estar expuestas a las perturbaciones que son propias de la confrontación política; que hay causas e instituciones que no deberían perder nunca su norte y el rumbo de sus acciones; que hay problemas de la sociedad venezolana que demandan de una respuesta consensuada, problemas que no tendrían que estar sometidos ni a la demagogia ni a la improvisación: políticas públicas que apunten a la solución real de los problemas.

Esto me conduce a otra conclusión: no hay actividad humana, y en ello incluyo a la gestión de la política, que esté exenta de reconocer que la convivencia nos exige a todos establecer límites. Ese establecer límites del que hablo se refiere, en lo esencial, a tres dimensiones: en primer lugar, al ejercicio cotidiano y multiforme del respeto a los demás. La promoción de una Cultura del Respeto al Otro, he ahí un asunto al que el periodismo puede contribuir de forma determinante. En segundo lugar, la obligación que cada quien tiene de hacer las cosas bien, sea cual sea su ámbito de desempeño profesional: cuando cumplimos nuestras tareas, las cadenas generacionales, productivas, familiares y sociales, deberían funcionar de forma fluida. Empeñarse en dar lo mejor de sí mismo, es una manera de rendir tributo a la convivencia de la cual somos parte. Las retribuciones de hacer las cosas bien, no solo son personales, sino también sociales. Personas, instituciones y comunidades debemos tomar creciente consciencia, de que agradecer es una obligación inherente al buen convivir.

Y, en tercer lugar, quiero insistir en esta opinión, es que en todo grupo social o en el plano del país, hay cuestiones que deben estar protegidas de los avatares de la política. Toda sociedad debe tener un cuerpo de proyectos que esté por encima

de los intereses y apetitos inmediatos. Esto que digo, incluye a las empresas privadas y también a las instituciones del Estado, en cualquier tiempo y circunstancia. Lo esencial aquí, es que cada quien participe de forma activa en la formulación de sus propios límites. La madurez personal e institucional tiene su prueba clave en el momento en que cada quien se dice a sí mismo, no puedo hacer esto o aquello.

Esta publicación viene a sumarse al caudal de libros que, por fortuna, se multiplican en Venezuela y el mundo. Aunque somos una organización especializada en servicios financieros, nuestros limitados esfuerzos editoriales siempre atienden a una premisa: que los libros que circulan bajo la marca de Banesco expandan los conocimientos sobre nuestro país y, cada vez que sea posible, contribuyan a propagar para Venezuela una cultura de la convivencia. Sé que 70 años de Crónicas en Venezuela II, se inscribe en esa premisa. Creo que la visión que Elvia Gómez aporta con su selección, merece el mayor de los elogios. También extendiendo nuestro agradecimiento a Francisco Suniaga y Sergio Dahbar, los responsables de la edición.

Si alguna metáfora se desprende de esta publicación, es la del apego a los hechos, la honradez implícita en atenerse a lo que sucede y transmitirlo del modo más directo y franco que sea posible. En nombre de esa específica reivindicación, la de celebrar el oficio del reportero, les agradezco que estén aquí con nosotros y que compartan la alegría de un nuevo libro, que sea otro estímulo para amar cada vez más a Venezuela.

Muchas gracias.